

pintar el más noble ideal del hombre, ha tomado en sí mismo los principales rasgos. Á todo el mal que dice de las pasiones, se le puede oponer una pregunta: « ¿Hubieras escapado al aburrimiento, á la languidez del alma que sigue á la edad de las pasiones, si no hubieras estado poseído y sostenido, por la pasión de la gloria? »

Como pintor de metafísica, en este discurso y en los que son relativos á los sentidos, Buffon es de primer orden. Lo que hay de discutible y aventurado, se compensa con el alcance de sus miras, que son de una razón profunda y definitiva. Como pintor de animales, nada hizo más acabado, más noble y majestuoso, que sus retratos del *Caballo*, del *Ciervo*, del *Cisne*; son cuadros de naturaleza viva, de estilo grande y regio. Véase con qué arte ha empleado adrede, en el *Ciervo*, todo el vocabulario venatorio; hubiérase perdido este vocabulario, y le encontraríamos allí usado de la manera más ingeniosa y amplia. Se le ha echado en cara que en este artículo del *Ciervo* hace sin restricción el elogio de la caza, que es un pasatiempo destructor. Pero, independientemente del placer que le causaba pintarla con toda la grandeza con que la veía, ¿no se adivina que Buffon se proponía al describirla conquistar los sufragios de la corte? El favor cortesano le servía de coraza contra sus enemigos y le valía el apoyo que necesitaba para el engrandecimiento del Jardín del Rey.

No sé de dónde han sacado que es enfático el estilo de Buffon. Su estilo no tiene énfasis, sino dignidad, nobleza, magnífica conveniencia y perfecta claridad. Siempre es elevado, no tanto por la inspiración y el movimiento como por la continuidad misma en un orden serio y sostenido. Antes de Buffon había trabajado mucho Fontenelle por introducir, por insinuar la ciencia; ¡pero qué diferencia entre el andar oblicuo de Fontenelle y la marcha franca, abierta, verdaderamente soberana de Buffon! En lo que Buffon más se esmeraba escribiendo era en la sucesión, el enlace, el encadenamiento del discurso. No podía sufrir lo que era desigual, desproporcionado, y este era el defecto que él reprochaba á Montesquieu. Atribuía el genio á la continuidad del pensamiento sobre un objeto dado, sobre un mismo objeto, y quería que la expresión brotara como un río bañándole todo con plenitud y limpidez. « No puso en sus obras una sola palabra de la que no pudiera darse cuenta. » Se ve por la crítica

que hizo de un escrito de Thomas lo que entendía por las palabras auxiliares, por los lazos naturales y los matices graduados del discurso, y cuánta delicadeza y gusto sabía poner en ellos. En este cuidado era tan escrupuloso como el más delicado de los antiguos: tenía el oído, la medida, el número. La claridad era su preocupación tanto como el encadenamiento. Hacia leer alto sus manuscritos á su secretario, y á la menor parada, á la más mínima vacilación, ponía una cruz en el pasaje y luego lo corregía hasta hacerlo claro, corriente y cadencioso. Fuera de esto, no hallo en él una verdadera novedad en la expresión. Chateaubriand y aun Bernardino de Saint-Pierre le hacen palidecer bajo este punto de vista. Se citan en él algunos ejemplos deliciosos de lenguaje nuevo y verdaderamente original, pero son raros. La belleza del lenguaje de Buffon consiste en la plenitud de la corriente y en la lógica continuidad. Su expresión, á la ménos, jamás tiene la inquietud, jamás presenta los altos y bajos que acompañan en otros al deseo de la novedad. Ofrece en ciertos cuadros gracias ligeras de un realismo encantador. Por ejemplo, hablando del *Ciervo*, dice: « El ciervo parece tener buen ojo, exquisito olfato y excelente oído: cuando sale á un pequeño soto ú otro sitio semidescubierto, se detiene, mira á todos lados, toma el viento para conocer si hay alguien que lo pueda inquietar. » ¡Qué cuadro tan ligero, tan natural, tan completo y dibujado en tres líneas! En estas descripciones tan sencillas se parece Buffon, como pintor, al ya citado Bernardino de Saint-Pierre, el cual agregará á sus escenas de la naturaleza un rayo de luna y una media tinta de melancolía.

En general, Buffon pinta la naturaleza bajo los puntos de vista que pueden elevar y engrandecer el alma, serenarla y calmarla; hay voluptad en su pincel; pero no tiene la sensibilidad en que Rousseau y otros han sobresalido. Buffon es un genio que carece de ternura.

El más perfecto escrito de Buffon, ya lo he dicho, es su discurso ó cuadro de las *Épocas de la Naturaleza* publicado en 1778, á la edad de setenta y un años. Se asegura que lo enmendó y lo hizo copiar hasta diez y ocho veces, antes de llevarlo al grado de perfección que pudo satisfacerle. En él reprodujo las ideas de su primer volumen sobre la teoría de la tierra, presentándolas bajo distintas fases y con verosimilitudes enteramente nuevas. Así era como Buffon se corregía:

en su amplitud de forma era enemigo de las enmiendas, y como gran artista, encontraba más sencillo una vez producida la obra corregirse en una nueva, en otro nuevo cuadro, como lo hace la Naturaleza.

En las *Épocas* refiere y describe en siete cuadros las revoluciones del globo terrestre, desde el momento en que le supone flúido hasta aquel en que aparece el hombre para reinar en él. Buffon no da su hipótesis como real, sino como un simple medio de concebir lo que debió suceder de una manera más ó ménos análoga y de fijar ideas sobre las más graves cuestiones de Filosofía natural. Tomada esta precaucion, cuenta con una lógica, una precision y un sentimiento de realidad que admira é ilusiona, las escenas grandiosas y terribles, los espectáculos inmensos y espantosos que no tuvieron espectador humano. Se dice que Buffon gustaba mucho del novelista Richardson, « por su veracidad, porque miraba de cerca todos los objetos que pintaba. » Podria aplicársele el mismo elogio en cuanto á sus *Épocas de la Naturaleza*; sabe las cosas anteriores al hombre por haberlas visto de cerca, como si hubiera conocido el cáos. Richardson, en verdad, no conocia mejor las interioridades de la familia Harlowe, que Buffon, al parecer, las épocas incógnitas y desvanecidas que presenta y el interior del Universo al cual nos hace asistir. En aquel vasto detalle circunstanciado jamas desflora sus labios la sonrisa de la duda. Ha tratado esta novela sublime, con toda la acabada perfeccion que hubiera empleado en describir la naturaleza existente y real. « ¿Donde estabais, decia Dios á Job, cuando yo echaba los fundamentos de la tierra? » Buffon parece decir con toda la calma de la conviccion: ¡Yo estaba allí! Eleva el pensamiento, lo engrandece y tambien lo turba y lo confunde por el atrevimiento que consiste en ponerse resueltamente, simple mortal, en el lugar de Dios, del Poder infinito. Parece que un acto semejante de temeridad sublime, ó de usurpacion, como se quiera llamar, debe expiarse cayendo de rodillas inmediatamente y humillándose en la más profunda de las plegarias.

Milton y Bossuet lo hubieran hecho así, con lo que su cuadro hubiera parecido seguramente más grande. Buffon no lo hace ni se acuerda de tal cosa. El sentimiento moral queda un poco herido en

medio de las magnificencias y sorpresas de su bella obra, encontrándole desierto y mudo en lo respectivo al cielo. Sólo el genio de la humanidad domina en absoluto, y es glorificado en una postrera página de grandiosa y soberbia perspectiva, bien que ligeramente melancólica (1).

En ninguna parte manifestó Buffon todo lo que valia por la precision y claridad como en este escrito de su época septuagenaria. Parece que envejeciendo maduraba, adquiriendo cada dia nueva frescura y una especie de renovacion.

Montesquieu, segun envejecia, se fatigaba más y lo dejaba ver. Buffon no estaba fatigado. Sería fecunda una comparacion de Buffon con Montesquieu, la cual precisaria, acabando de definirlos, todos los rasgos característicos de su talento. Buffon reconocia en Montesquieu el genio, pero no el estilo; encontraba, sobre todo en el *Espiritu de las Leyes*, demasiadas secciones y divisiones, defecto que achacaba al pensamiento general del libro aunque lo veia tambien en el detalle de las ideas y frases: « Yo le he conocido mucho, decia Buffon de Montesquieu, y este defecto provenia de su físico. Estaba casi ciego, y era tan vivo que la mayor parte de las veces olvidaba lo que queria dictar, viéndose obligado á encerrarse en el menor espacio posible. » Así explicaba Buffon lo que hay algunas veces de lacónico ó de recortado en la prosa de Montesquieu. Él, Buffon, tenía por el contrario la facultad de retener de memoria sus más vastos escritos y los desarrollaba á su voluntad en toda la extension de la trama, tanto por el pensamiento como por la expresion.

En cambio la conversacion de Montesquieu estaba llena de rasgos, de ocurrencias y de imágenes que la hacian semejante á sus escritos. Era cortada como su estilo, viva, sorprendente, sembrada de oportunas digresiones; cuando venia la pelota la recogia siempre. La de Buffon, al contrario, ha dado motivo á muchas burlas; se ha dicho que no estaba á la altura de su estilo. ¡ Ya lo creo! despues de un tra-

(1) Pudiera hacerse un capítulo sobre la religion del gran naturalista. Ordinariamente está en el punto de vista puramente natural y habla del Creador por mera forma. Por costumbre, sin embargo, Buffon afectaba respetar todo lo que es respetable, y cuando estaba en Montbar cumplia regularmente y observaba las prácticas del culto. Era hombre capaz de tomar parte en algunas con cierta emocion sincera, por la imaginacion y la sensibilidad.

bajo de tantas horas al día y de una aplicación tan continuada del espíritu, necesitaba reposo y la palabra se deslizaba entre amigos familiarmente y como podía. No obstante, madama Necker, á quien debe consultarse acerca de todo lo que á Buffon se refiere, nos habla de lo instructiva y amena que era su conversacion, citando más de un ejemplo. No podía ser de otro modo. Un ingenio, tan rico en ideas y conocimientos, no podía ser trivial sino por olvido (1). Pero se necesitaba esperarlo, acechar sus horas y saber escucharle. Buffon, hablando, no gustaba de las contradicciones ni de las interrupciones; se callaba y guardaba silencio á la primera objecion que se le hacía: « No puedo resolverme á continuar la conversacion, decia, con un hombre que se permite pensando en una cosa por primera vez contradecir al que se ha ocupado en ella toda la vida. » Esto le condujo á tener familiares y admiradores á domicilio que no le contradecian jamas y que él soportaba fácilmente. Consentia que se hablara de él y de su génio á boca de jarro y aún hablaba él mismo ingenuamente, como ya lo hacía su siglo y como iba á hacerlo la posteridad.

(1) « Me creí feliz, dice Gibbon en sus *Memorias*, haciendo el conocimiento de M. Buffon, que unia á un sublime genio *la mas amable sencillez de espíritu y de formas.* » — « Este *grande y amable hombre,* » dice del mismo en la última página de las citadas *Memorias.* N. del A.